

El Abrigo Pardo

Continuación de la pág. 12.

garrillo. Había sido enrollada alrededor del carrete y el hilo enrollado encima de ella tan parejamente que era imposible ver que jamás hubiera sido quitado.

El detective y Hatch estaban inclinados sobre sus hombros, observándolo curiosamente. Desenvuelto el diminuto papel, algo estaba escrito en él. Lentamente la Máquina Pensadora lo descifró:

"47 Causeway Street, sótano, décima piedra desde la esquina nordeste."

Y allí se encontró el dinero, \$109,000.00. La casa estaba desocupada y dentro de fácil acceso del muelle, de donde salía un vapor para Europa. Media hora antes de la salida del vapor habría sido una cuestión fácil para Dolan haberlo recuperado todo y eso sin excitar en lo más mínimo la sospecha de los que pudieran estarlo observando. Pues una taberna, en la puerta del lado daba a una callejuela de atrás, y una ventana rota del sótano daba fácil acceso al tesoro.

—Dolan razonó —explicó la Máquina Pensadora —que aun cuando nunca se le permitiera ver a su esposa, ella probablemente usaría el hilo y, con el tiempo, encontraría las instrucciones para recuperar el dinero. Además, pensó que la policía jamás sospecharía que un carrete contuviera el secreto que durante tanto tiempo buscaban. Su conversación con su esposa, hoy, fué meramente para atraer su atención a algo que requiriera que ella usara el carrete de hilo pardo. El abrigo pardo fué la única en que pudo pensar. Y eso es todo lo que yo pienso.

Dolan estuvo tristemente sorprendido cuando se le dió la noticia de la recuperación del dinero. Pero una cierta extraña filosofía no lo abandonó. El miraba al detective Mallory incrédulamente, mientras se narraba la historia, y al final se fué a sentar en la camilla de su celda.

—Bien, jefe —dijo,— no creí que usted fuera capaz. Eso hace que le deba un sombrero.

En su Luna de Miel

Continuación de la pág. 10.

tima venía escrita a máquina. Los hermanos eran íntimos, se querían mucho, y, sin embargo, Peter siempre dictaba sus cartas empujando invariablemente: "Señor Hubert Arley. Estimado señor". No había carta de Diana. Llegaría en cualquier momento.

Nunca había amado su casa tanto como ahora que estaba libre y solo. La intimidad con su esposa era una de las causas que hacían monótona su vida de casado.

Durante estos días no había deseado ver a nadie. Ni aun a Peter, quien, aprovechando el viaje de su esposa a Europa, se conducía como en sus días de soltero. El único deseo de Hubert era quedarse en la oficina hasta la hora que quisiera, sin tener que justificar el motivo de su retraso. Y, ya en su casa, algunas veces leer, o ir al cine a la hora que quisiera, y abandonar el teatro si no le gustaba

la película, sin tener que consultar a nadie.

Diana no podía comprender eso; había sido feliz en su matrimonio cuando eran sumamente pobres; y ahora que él había prosperado, y que la vida le era más fácil, ella se sentía más feliz aún.

Pero todo tenía que hacerse de acuerdo con un padrón determinado.

Las mujeres se adaptan fácilmente a todas las circunstancias de la vida; no así los hombres, que son rebeldes y aventureros.

Las mujeres no pueden imaginar cuánto sacrifica un hombre al casarse, y el hombre se da cuenta de ello cuando es demasiado tarde. El le explicaría a su hijo que a los treinta o treinta y cinco años todavía se es joven para contraer matrimonio. Un jardín, la brisa del mar, un perfume, una noche de verano, un beso, y un hombre es prisionero para toda la vida.

Diana tenía solamente diez y ocho años, y él acababa de salir de la universidad, cuando se casaron. El había proyectado ir a Labrador pero, en vez de hacerlo, tomó un empleo en Nueva York. Desde entonces trabajaba desde las nueve hasta las seis por lograr algo que no le interesaba grandemente: casa lujosa, automóvil... Muchos, durante la guerra, lo acusaron de cobarde por no haberse alistado. Y no lo hizo porque tenía que sostener a una mujer y a dos hijos, Jane que contaba doce años, y Bertie que era el más chico. Los muchachos respetaban a Diana más que a su padre, pues éste, muy lejos de reprenderlos, se ponía al igual que ellos, como si sus majaderías no tuvieran importancia.

Cuánto más inteligentes eran Peter y Marie. Ella salía de viaje, sola, por dos meses todos los años. Y su esposo la animaba a que lo hiciera.

Abrió la carta de su hermano. ¡Qué! no era de él. El pliego era demasiado chico en proporción con el sobre que traía. Estaba escrita a mano en un papel que parecía

ser de un club al cual ni Peter ni él pertenecían, y comenzaba así:

Estimado señor Hubert:

No es fácil sentarse a escribir a un hombre una carta como ésta, pero lo debo hacer.

Le voy a comunicar lo que usted menos se puede imaginar. Su esposa y yo nos amamos.

Hubert dió vuelta al papel para ver la firma, "C. L. Dorsay". No recordaba a ese hombre; pero lo buscaría. Sabía que la C. en la firma significaba Charley.

Repentinamente, como una visión, oyó la voz de su esposa que le había dicho, hacía tiempo: "¡Oh, ese Charley Dorsay es un trasnochador divertido!" Sí, veía la imagen de un hombre alto, rubio, de frac, con el pelo muy bien alisado, en aquella cena que tuvieron juntos. No habían hablado más de él; pero ambos se habían seguido viendo.

Siguió leyendo:

Yo quisiera que esta carta llegara antes que ella, pues de esta manera tendrá usted tiempo para pensar. No es necesario que yo le diga que pensamos casarnos tan pronto sea posible.

¡Casarse! ¡Imposible! Diana era su esposa. No permitiría eso de ninguna manera. ¿Estarían ahora juntos? Por supuesto. ¿Por eso había tomado Diana estas extrañas e intempestivas vacaciones? ¿Por eso no había querido ella que él fuera a esperarla a la estación? La mañana que partió le había dicho con una voz melodiosa, de la que nadie hubiera podido dudar:

—Es demasiado temprano para que te levantes.

En esto, Delia entró muy de prisa con un plato de huevos y jamón.

El olor hacía sentirse enfermo a Hubert. La idea de la comida le repugnaba.

—La cocinera quisiera saber si usted y su esposa van a comer esta noche aquí— dijo la criada.

El la miró con tales ojos de espanto, que ella creyó que no había entendido su sencilla pregunta, y la repitió:

—A la cocinera le gustaría saber si usted y la señora van a comer esta noche en casa.

—No —dijo Arley casi rugiendo;— no comeremos aquí.

La verdad era que ya nunca volverían él y Diana a cenar juntos.

Había estado aturcido por unos momentos, sin saber lo que ocurría, mas la pregunta de Delia le había hecho ver claro. Su vida con Diana había terminado. Para él ya había muerto. No haría nada por retenerla. Evidentemente esa carta había sido escrita con su consentimiento, probablemente en su presencia. Ayudaría quizá a redactarla. Un hombre no usa esa frase: "Su esposa y yo nos amamos", sin el previo consentimiento de ella.

¿Iban todos estos años de devoción conyugal a reducirse a nada? Un hombre con una cabeza de galgo, le había quitado a su esposa; a él, que le había dado Diana un amor bien poco común en estos tiempos.

En su pasado brillaba la luz de una vida de algo que acababa de perder para siempre. Su vida con Diana había concluido, tal como si hubiera recibido la noticia de que había muerto.

Aquel primer beso que se había dado en el jardín había sido para él algo sagrado, a lo que nunca habría podido ser infiel. La visión de otras mujeres a quienes pudo haber amado aparecía ante él.

Pasaban por su memoria —vividos de nuevo, en realidad— los momentos más profundos y significativos de su pasado: el día de su boda; el nacimiento del niño, cuando Diana había estado tan terriblemente cerca de la muerte; aquellas noches tristes que pasaba junto a su cama, hasta que supiera que estaba fuera de peligro.

Recordaba también un día, poco después de su matrimonio, cuando había temido que lo culparan a él —acabado de llegar a la firma— con motivo de fondos que habían sido extraídos de su caja. Ella lo había mirado y se había reído, diciéndole: "Nadie te puede creer capaz de robar, querido. Y nadie fué capaz de creerlo."

¡Qué felices habían sido juntos! Qué feliz lo había hecho ella; ahora iba a hacer dichoso a otro hombre, a quien había amado desde hacía meses.

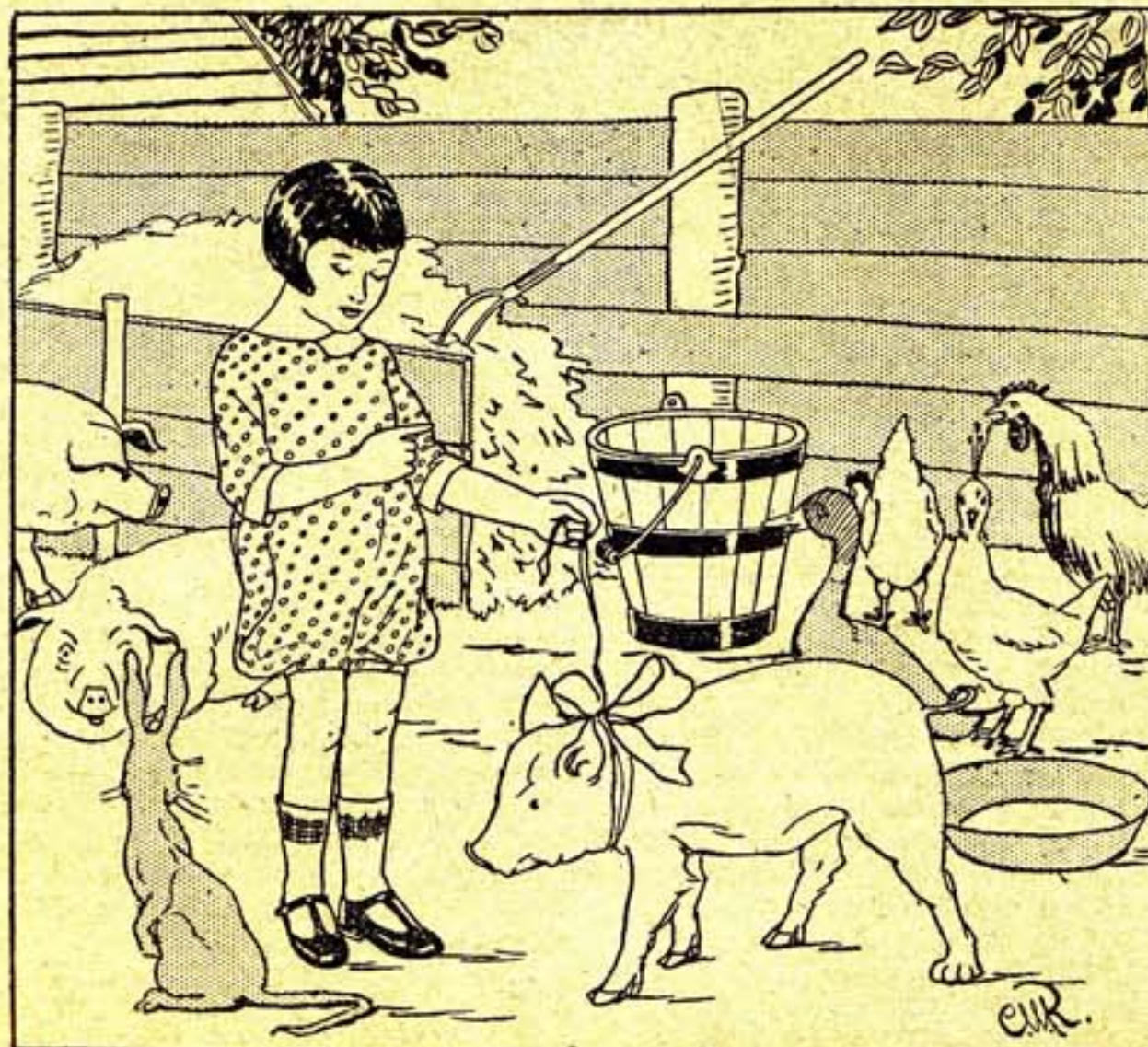
Delia evidentemente estaba poco oportuna. Volvió al comedor con intenciones de levantar la mesa pero al ver que él no estaba leyendo ni comiendo, se atrevió a decir esta frase:

—La casa está muy triste sin la señora y los niños.

Hubert escondió la cabeza tras el periódico. ¡Sus niños! Ella se quedaría con ellos. Las esposas americanas creen que son las únicas dueñas de sus hijos. Diana le permitiría verlos y que pasaran la mitad del tiempo con él, pero sus hijos serían de ella y del hombre que se la había quitado.

Tan pronto como Delia se fué siguió leyendo la carta.

Espero que usted no nos culpe de engaño. No tratamos nunca de ocultar nuestros sentimientos. Espero que usted no haya notado nada



¿Puede usted decir, sin mirar en la página 34, cuántos errores tiene este dibujo y cuáles son?

Continúa en la pág. 20